

Francia

LA RESURRECCION DE MITTERRAND

RAMON CHAO

HACE un mes, después de las elecciones cantonales francesas, Mitterrand había resucitado. Había rejuvenecido. Los franceses, atónitos, lo volvieron a descubrir por la televisión, y todos, incluso los que no lo aprecian —y son numerosos—; los que sólo se fijan en sus características —o virtudes— maquiavélicas, reconocieron que el Partido Socialista es él. Con una sonrisita apacible en los labios recuperó su lugar —el primero— en el partido electoralmente más importante de Francia.

Hace un par de meses se esperaba con interés el desarrollo del Congreso del Partido Socialista de Metz. El entonces delfín del PS, Michel Rocard, le disputaba el liderazgo. La semana pasada debía ser decisiva. Los sondeos de opinión, dentro del Partido Socialista, indicaban una irresistible progresión del joven ambicioso socialdemócrata y un descenso inquietante para el renovador del PS. Pero no hubo ningún suspense, porque antes se celebraron las elecciones cantonales, y el Partido Socialista logró ese avance espectacular. Exito en parte inesperado, pues las críticas de Rocard habían provocado un debate público con ribetes desagradables, y se temía que estas disputas intestinas repercutiesen en las urnas. Sólo Mitterrand mantuvo la serenidad y así pudo explotar en su favor los resultados de las elecciones.

Mitterrand evitó el cuerpo a cuerpo con Rocard en Metz. ¿Que el líder carismático sólo consiguió el 46,9 por 100 de los mandatos y que se verá obligado a negociar con algu-

na de las corrientes minoritarias? En otras se ha visto este astuto estratega, y bastaba con verlo en la pantalla de TV, con una frente despejada llena de ideas futuras, con los ojos más rasgados que nunca, pareciéndose cada vez más a André Gide, para comprender que ahora le animan otras ambiciones. Y, además, cuando se hizo con el Partido Socialista, en el famoso Congreso de Epinay de 1971, su texto de introducción no obtuvo más que el 14 por 100 de los votos, lo que no le impidió tomar el poder y convertir a un partido exangüe, amenazado por el minúsculo Partido So-

cialista Unificado, despreciado por los intelectuales, desacreditado ante todo el país, en el más importante, hoy, de Francia, con el 30 por 100 de sufragios en las últimas elecciones.

El Partido Socialista francés (se llamaba entonces SFIO) había llegado tan bajo en 1971 por su política de colaboración con las derechas en todos los Gobiernos desde la liberación, por su actitud durante la guerra de Argelia y por la vergonzosa expedición de Suez; en fin, por los métodos caciquiles y maniobreros de su secretario general inamovible, Guy Mollet.

François Mitterrand decidió entonces renovar el Partido Socialista. Tenía el lastre de haber pertenecido a quince Gobiernos de la IV República, y de haber sido ministro del Interior en momentos, tal vez los peores, de la guerra de Argelia, pero en su favor obraba su voto contra la investidura del general De Gaulle, en 1959, y el ballottage en que colocó al general en las elecciones presidenciales de 1965. Los 10.619.735 votos populares (44,80 por 100 de los electores), erigen a este "personaje de novela", como decía François Mauriac, en uno de los principales hombres de la vida política francesa y se convierte en la encarnación de la unión de la izquierda, sean cuales fueran las vicisitudes de la "dinámica unitaria".

Con este pasado se empeña en reunir a todos los partidos de izquierda no comunistas, y en el Congreso de Epinay de 1971 presenta una moción articulada en dos temas: la renovación de los métodos de acción del Partido Socialista y el rechazo de toda política de colaboración con Gobiernos de derechas. Contra la moción opuesta, defendida por Alain Savary, que preconizaba un diálogo ideológico con el Partido Comunista "para crear las garantías necesarias con el fin de iniciar discusiones en vistas de un programa de gobierno", Mitterrand insistió —y lo consiguió— en "comenzar inmediatamente las discusiones con el Partido Comunista sobre la base de un programa común".

Desde entonces el Partido Socialista francés es un caso aparte entre los partidos so-



Michel Rocard, el joven y ambicioso representante del ala socialdemócrata del PSF —en la fotografía—, no logró derrotar en Metz al astuto Mitterrand, cuyo perfil de "condottiere" aparece en segundo plano.



Mitterrand, a la derecha, estrecha la mano a su rival, Rocard. Con ellos, otros políticos del PSF: Pierre Mauroy, a la izquierda, y en primer plano, Claudie Estier.

cialistas de Europa occidental. Mientras que el Partido Socialista más antiguo del mundo —el alemán— se había convertido a la socialdemocracia en 1959, repudiando el marxismo, Mitterrand (que no es, personalmente, marxista) presenta en 1972 el programa de su partido diciendo que "la aportación principal que inspira al Partido Socialista francés es y sigue siendo marxista".

Llegan nuevos elementos al Partido Socialista; se forma, alrededor de Chevènement el CERES, partido dentro del partido, de intransigente marxismo y considerado por algunos como un "submarino del Partido Comunista". Todo ello, junto con el acercamiento del Partido Socialista al sindicato CFDT, también renovado, produce un desplazamiento progresivo del Partido Socialista hacia la izquierda.

La literatura oficial del Partido Socialista refleja esta orientación. La "pequeña bibliografía socialista", destinada a los nuevos adherentes y presentada por el secretario nacional Lionel Jospin, clasifica así a los clásicos del socialismo: 1.º, Carlos Marx y Federico Engels; 2.º, Lenin; 3.º, Jean Jaurès; 4.º, Leon Blum; 5.º, Rosa Luxemburgo;

6.º, Antonio Gramsci; 7.º, Mao Tse-Tung, y 8.º, Fidel Castro. De modo que, además de Marx y de Engels, los clásicos del socialismo según la versión oficial del Partido Socialista, son dos socialistas demócratas (Jaurès y Blum) y cinco comunistas. No figura ningún teórico del marxismo democrático, como Kautsky u Otto Bauer, ningún teórico comunista asesinado por Stalin (Bujarine o Trotsky), mientras que se consagra a Fidel Castro como un "clásico del marxismo", honor que los propios comunistas franceses no le han concedido todavía.

Este marxismo-leninismo y este tercermundismo se sitúa en las antípodas de la mayoría de los partidos socialistas europeos, en particular de la socialdemocracia alemana. El SPD, por ejemplo, admite la cogestión de las empresas, pero en su programa está escrito, y sus portavoces no cesan de repetir que "la propiedad no es un mal, y que, al contrario, puede ser un bien en una sociedad libre", mientras que el Partido Socialista francés opta por la autogestión, que plasma así en su programa: "Será la culminación de un movimiento cuyo preámbulo no es sólo la desaparición de la propiedad pri-

vada del capital, sino la extensión del control de los trabajadores en las empresas".

En el mes de junio de 1972 el Partido Comunista y el Socialista forman el famoso "programa común" de la izquierda. Mitterrand sabía que no se podía hacer una política de izquierda sin los comunistas; necesitaba sus votos, y albergaba la esperanza —confesada sinceramente desde el primer día— de "equilibrar la izquierda", restándole votantes y militantes al Partido Comunista. Este aceptó porque no creía en tal posibilidad, y porque necesitaba salir del "ghetto" en que se hallaba encerrado desde que el socialista Paul Ramadier lo expulsara del Gobierno en 1947.

También pretendía Mitterrand modificar al Partido Comunista, provocar discusiones internas que lo desestabilizasen. De hecho, el abandono por parte del Partido Comunista de la "dictadura del proletariado", y del sometimiento ciego a la Unión Soviética son concesiones importantes, a las que responde el Partido Socialista con una especie de "bolchevización" parcial, como puede ser su silencio en 1973-74 sobre el "caso Soljenitsin", o la forma

en que acepta la condena de las experiencias socialdemócratas, como si desde hace cincuenta años los partidos socialistas europeos no hubiesen cometido más que traiciones.

Sus cálculos resultan exactos. Desde 1950, por las razones enumeradas antes, el antiguo Partido Socialista había perdido su base obrera, y ese fenómeno se amplió al subirla De Gaulle al poder. Los comunistas y los gaullistas se repartían los votos populares. Al desaparecer el general, y por no tener Pompidou su dimensión carismática, el electorado obrero tenía que regresar a sus familias originarias, y si Mitterrand no hubiese remozado el Partido Socialista iría a engrosar las filas del Partido Comunista. Pero mientras que el Partido Comunista se mantenía en sus porcentajes clásicos (alrededor del 20 por 100, cuando no bajaba al 15 por 100) a pesar del crecimiento del cuerpo electoral, el Partido Socialista crecía en cada consulta hasta llegar a su 30 por 100 actual.

Lo que es peor —desde el punto de vista comunista, se entiende— es que el Partido Socialista penetró en el terreno reservado del Partido Comunista, en la clase obrera. Aunque el Partido Comunista cuenta en sus rangos con la mayor participación de obreros, ya no puede prevalecerse de ser "el único partido de la clase obrera". El "reequilibrio" que se hace en favor del Partido Socialista electoralmente, también le favorece en el plan sociológico, y todos los sondeos de opinión concuerdan en que los votos de las clases trabajadoras se reparten casi equitativamente entre los dos partidos: 35 por ciento para el Partido Comunista y 33 por 100 para el Partido Socialista. Una encuesta realizada en 1977 revela que este movimiento está lejos de detenerse. A la pre-

Francia

gunta de ¿cuál será, dentro de diez años, la tendencia política que desempeñará el papel primordial?, el 50 por 100 de franceses contestaron que el Partido Socialista, y 9 por ciento, los comunistas.

El Partido Comunista empieza a inquietarse. Se acercan las elecciones legislativas de 1978, que ponen el poder al alcance de la izquierda unida, pero una izquierda dominada por los socialistas. Los comunistas multiplican los ataques al Partido Socialista, groseros a menudo, personales, pero que se resumen a esto: "He aquí un partido que pretende ser revolucionario cuando sólo es reformista; que dice ser de izquierda cuando es de centro; que miente a los obreros al defender los intereses pequeño-burgueses. Engaña a sus electores, puesto que sus éxitos reposan en estos embustes. Tenemos que abrir los ojos de la clase obrera para que cese esta patraña".

El desenlace lógico de esta situación fue la ruptura de la unión de las izquierdas en vísperas de las elecciones legislativas de 1978, la farsa de la reconciliación entre las dos vueltas del escrutinio, la victoria de la derecha y la desilusión de las bases de ambos partidos. También en los dos se produjeron protestas por la estrategia de las direcciones. El Partido Comunista reaccionó dándole preferencia al refuerzo del partido en detrimento de la toma del poder, desoyendo las voces de los contestatarios para no efectuar ninguna concesión en la doctrina. En el Partido Socialista la rebelión contra la dirección fue más profunda. Para los contestatarios, los acontecimientos electorales demostraban que la unión con el Partido Comunista era irrealizable. El Partido Socialista debía cambiar de estrate-

gia, considerando que Francia está demasiado integrada en el universo capitalista para poder adentrarse por la vía del socialismo. Otros, los partidarios de Mitterrand, siguen pensando que la ruptura con el sistema actual es más necesaria que nunca. Se niegan a pensar que la derrota de 1978 sea irreversible, e insisten en privilegiar la unión

con el Partido Comunista. En lugar de alianza aconseja que el partido se oriente "hacia combates cotidianos y a la elaboración de nuevas formas de vida social, de la mano con los sindicatos, con las asociaciones y con los movimientos sociales que actúan en el terreno". Piensan que si el Partido Socialista logra lo que llaman "la unión



Jean-Pierre Chevènement, líder del CERES, partido dentro del partido, de intransigente marxismo.

con el Partido Comunista, "hasta que los comunistas se den cuenta que su interés está en asumirla lealmente".

El grupo mitterrandista cree en la necesidad, cuando la izquierda suba al poder, de transformar profunda y rápidamente la sociedad capitalista por medio de nacionalizaciones, de la planificación, de la extensión de los derechos de los trabajadores y de la lucha por la autogestión. Según ellos, el Partido Socialista no debe convertirse en el partido de las clases medias, que adoptaría "la misma visión de los problemas sociales que los giscardianos en el año 2000". Su estrategia está basada en la lucha de clases y en la satisfacción de las reivindicaciones de las capas más desfavorecidas.

Michel Rocard dirige el grupo que se opone a esta po-

de todas las fuerzas populares anticapitalistas", el Partido Comunista no tendrá más remedio que asociarse a este movimiento. En cuanto a la ruptura con el capitalismo, Rocard y sus amigos creen que no se producirá instantáneamente, sino que será el resultado de cambio cultural. Rocard reclama una mayor seriedad en el Partido Socialista, sobre todo en materia de economía. "Ninguna sociedad socialista puede distribuir más riquezas de las que produce", dice, criticando las promesas de Mitterrand.

Los dos hombres se enfrentaron violentamente durante los primeros meses del año. Los sondeos de opinión, realizados por las publicaciones de derechas (el "Le Figaro", por ejemplo), que se alborozaban de lo que suponían iba a ser la desarticulación del Par-

tido Socialista, indicaban que Rocard —representante del ala socialdemócrata— llevaba doce puntos de ventaja sobre Mitterrand entre los militantes del partido.

Tras el Congreso de Metz de la semana pasada, Mitterrand tiene las manos relativamente libres. Ha alejado, por el momento, el peligro rocardiano. El problema se le volverá a plantear dentro de un año, cuando el Partido Socialista designe a un candidato para las elecciones presidenciales de 1981. Mientras tanto se celebrarán los comicios europeos, el 10 de junio, que prometen un triunfo a los socialistas.

Mitterrand sabrá explotar esta victoria. Pero es posible que en secreto albergue otras esperanzas, que espere que algo se produzca en Francia antes de las elecciones presidenciales. Por ejemplo, que Jacques Chirac, llevado por la lógica implacable de su ambición, o como consecuencia de una estrategia reflexionada, provoque la caída del Gobierno con unas elecciones anticipadas en las que los socialistas podrían subir al poder. Un riesgo limitado, según Jacques Chirac, pues los socialistas se quemarían en el gobierno, y él surgiría luego como único recurso contra "el colectivismo". Pero Mitterrand podría preparar así mejor la elección presidencial de 1981. Los comunistas apreciarían los ataques contra él, lo que le atraería los votos del centro. Michel Rocard le ataca por la derecha y Georges Marchais por la izquierda. Mitterrand siempre creció en la adversidad. Es posible que el avance inesperado del Partido Socialista en las recientes elecciones cantonales sea un indicio de su porvenir personal, ayudado por dos ataques contradictorios. ■ R. CH.